

LA EXPULSIÓN (1999)

De madrugada le despertó el perro al tirar de la manta de lana de la casa Condon que cubría la cama. Ahora la manta lucía un color crudo, amarillento, aunque en sus tiempos había sido blanca. Estaba hecha con la lana de sus ovejas y debía de tener medio siglo. En primavera, cuando esquilaban, su mujer y él solían reservarse los mejores vellones que enviaban a la Fábrica de Lanias Condon de Charlottetown. Y meses más tarde, casi como por arte de birlibirloque, llegaba la caja de las mantas. En un extremo de cada manta había una etiqueta donde se leía «William Condon e Hijos, Charlottetown, isla del Príncipe Eduardo», y el lema en latín de la casa Condon, que rezaba *Clementia in Potentia*.

En una ocasión, cuando ya eran mayores, su hijo el casado, John, y su esposa, los llevaron a él y a su mujer de viaje hasta la isla del Príncipe Eduardo. Era verano, y salieron de Cabo Bretón un viernes para regresar el domingo a media tarde. Esto sucedió mucho antes de la locura que se desató tras la publicación de *Ana de las Tejas Verdes* y no tenían mucha idea de lo que había que visitar una vez en la isla del Príncipe Eduardo, de modo que el sábado por la mañana se dirigieron a echar un vistazo a la Fábrica de Lanias Condon, por ser el nombre que más les sonaba de todo aquello. Y allí estaba, sí. Él recordaba que vestían sus mejores ropas, aun sin saber muy bien por qué, y que se había quitado el sombrero y se lo había puesto sobre el regazo, por el sudor acumulado en la cinta del sombrero y en su frente. No bajaron del coche, se limitaron a observar la

fábrica de lanas en medio del bochorno de aquel día de julio. Tal vez esperaban toparse con el señor Condon o con alguno de sus hijos atareado en convertir la lana en mantas, pero lo cierto es que no vieron nada de nada. Más tarde, su mujer comentaría en alguna ocasión a sus amigos: «Visitamos la Fábrica de Lanas Condon en la isla del Príncipe Eduardo», con el tono que uno usaría para declarar algo crucial, como si hubieran acudido a una capilla religiosa o a un monumento dotado de importancia histórica y, pensó entonces, tal vez no le faltaba razón.

A veces, en la pasión primeriza de su amor, arrojaba hasta el pie de la cama la manta que le cubría los hombros, o bien la tiraba al suelo, a un lado del lecho. Y un rato después, con el ardor ya consumido, él la recogía para echársela a su mujer sobre los hombros, con delicadeza, y cubrirse él también con ella. Su mujer siempre dormía del lado de la pared, mientras que él lo hacía de cara a la puerta, casi como si la protegiera. Él era siempre el último en irse a la cama y el primero en levantarse, así lo había aprendido de sus padres y sus abuelos.

La manta los cobijaba cuando su mujer murió. Murió sin hacer el menor ruido, ni un estremecimiento siquiera. Él llevaba un tiempo hablando en la oscuridad, de madrugada. Llevaba puesta su ropa interior de una pieza Stanfield, de lana gruesa, mientras que su mujer vestía el camisón de invierno, y la cama estaba tibia por el calor que desprendían. Al principio pensó que ella quería gastarle una broma, que se negaba a responder a sus palabras o que seguía durmiendo, pero luego advirtió que ella no parecía respirar y estiró la mano en la oscuridad para tocarle el rostro. Este, expuesto al frío invernal, estaba frío al tacto, pero cuando la metió bajo las mantas para agarrarle una mano esta estaba aún tibia y a él le dio la impresión de que había respondido a su apretón. Él se levantó y, procurando no dejarse llevar por el pánico, telefoneó a sus hijos casados, que vivían cerca. Atontados por el sueño, respondieron a aquella llamada en mitad de la noche con escepticismo, incluso le pre-

guntaron si estaba «seguro». ¿No podría suceder que ella tuviera aquel día el sueño más profundo que de costumbre? Él advirtió que los nudillos se le quedaban blancos mientras se aferraba al teléfono intentando no solo sostenerlo en la mano sino mantenerse tranquilo y mostrarse sereno en aquella circunstancia tan aterradora. Intentó que el tono de voz no le delatara a la hora de dar un mensaje que no deseaba dar, a alguien que tampoco deseaba escucharlo. Al final parecieron convencerse, pero entonces advirtió en sus voces esa nota de pánico que él mismo se esforzaba en sofocar en la suya propia, y se vio intentando recobrar el tono tranquilizador de cuando era un padre primerizo, y habló a sus hijos ya casados, ya en la mediana edad, del modo en que lo hacía treinta o cuarenta años atrás cuando acontecía algún desastre infantil. Con la llegada del vídeo, del microondas, del ordenador y de las grabaciones digitales tanto su mujer como él habían sentido que se estaban convirtiendo en los niños, y en más de una ocasión había advertido en las voces de sus hijos ese tono adulto e impaciente que de seguro usó él mismo en una época pasada. A veces, incluso, le pareció que ese tono rayaba en lo condescendiente. Pero ahora los roles habían cambiado de nuevo:

—Vamos a intentar hacerlo tan bien como podamos —se oyó decir—. Yo me ocupo de la ambulancia, el doctor y el clérigo. Es aún de madrugada y todo el mundo está durmiendo. Es mejor que contactemos a las autoridades antes de hacer ninguna llamada a larga distancia. No, no hay motivo para que os acerquéis por acá todavía, me encuentro bien.

Regresó al lecho para tapar el rostro de su mujer con la manta de la casa Condon, pero antes de hacerlo le posó una mejilla sobre el pecho, y entonces le pareció que aquel corazón había decidido tomarse un descanso entre latido y latido.

El verano anterior a ella le habían recetado un montón de pastillas de todos los colores, pero estas le provocaban mareos, sofocos y erupciones cutáneas, y ella dijo:

—Quería sentirme mejor, no peor.

Y un día de verano abrió una hoja de la puerta y tiró las pastillas al patio. Las gallinas, atentas a cualquier sobra que volara de la mesa de la cocina, se lanzaron sobre el tesoro. Más tarde, cinco de las más fieras yacían muertas.

—Si les han hecho ese efecto a las gallinas —comentó ella—, ¿qué me iba a pasar a mí?

Casi a regañadientes él accedió a guardarle el secreto.

—A los niños no se les cuenta todo, ¿verdad? —dijo ella—. Eso ya lo sabes tú.

Y hoy habían pasado ya diez años y cuando el perro tiró de la manta a él no se le pasó por la mente lo de las pastillas. En cualquier caso, se acordaría más adelante, pues todos aquellos recuerdos le visitaban a diario ahora que era viudo.

Todavía habitaba la casa que su abuelo había construido. Era grande, hecha en madera, diseñada como tantas otras de aquella época. Por fuera lucía imponente, pero en su interior, y en particular en las estancias de arriba, seguía inacabada a pesar de los años. Su mujer y él se habían propuesto «ponerla a punto» durante las décadas que duró su matrimonio: se esforzaron por hacer habitaciones individuales en el espacio del primer piso, alzando aquí muros de mampostería y poniendo allá papel pintado cuando contaban con un pico de dinero extra, pero para cuando acabaron las habitaciones del primer piso sus hijos, aquellos que en teoría iban a habitarlas, empezaban a irse de casa, empezando por las hijas mayores, que como sus tías se mudaron lejos, a Boston o a Toronto. Y ahora solo quedaban él y su perro, y cuando subía al primer piso se sentía como si visitara un museo que él mismo había ayudado a erigir.

Cuando era un crío, el vasto espacio del primer piso contenía una sola estancia con puerta. Allí dormía el abuelo. El resto había sido dividido a la brava para crear una sección para las chicas y otra, mucho menor, para él, el único chico. La divisoria entre una y otra se alzaba con cables de los que colgaban mantas viejas. Sus padres dormían abajo, en la habitación que ahora ocupaba él.

Al ser el único niño empezó a acompañar a su padre en el bote de pesca ya con once o doce años. El abuelo iba con ellos: se sentaba sobre un cubo de cebo puesto del revés, mascaba tabaco, escupía y con frecuencia se levantaba para intentar orinar por la borda. Ahora se daba cuenta de que probablemente aquel viejo sufría problemas de próstata, aunque no podía saberse porque en la vida acudió al médico. El abuelo siempre parecía saberlo todo de mareas, del tiempo, de dónde hallar bancos de peces, como si tuviera un radar incorporado. Pescaban bogavante, abadejo, arenque y merluza. En verano colocaban la red para el salmón, tal como les tocaba por herencia.

Casi todo el tiempo se hablaron en gaélico, como todas las generaciones anteriores en los últimos cien años. Aunque en el periodo de entreguerras, al vender las reses, los corderos o lo obtenido en la pesca, se dieron cuenta de que la lengua jugaba en su contra. Aún veía a su abuelo ponerse rojo como la grana bajo los bigotes canos mientras intentaba llegar a un acuerdo con los compradores anglohablantes: pronunciaba palabras en gaélico para recibir voces inglesas y la inmensa mayoría de lo dicho caía en un valle de incompreensión que se abría entre uno y los otros. Y al otro lado del río pasaba más de lo mismo con los acadianos francófonos, igual que sucedía al este con los Mi'kmaq. Todos ellos estaban atrapados en aquellas bellas cárceles de las lenguas que amaban.

—Vamos a tener que esforzarnos —anunció apresurado el abuelo—. Vamos a tener que aprender inglés. Vamos a tirar adelante.

Cuando llegó la Segunda Guerra Mundial él mismo se alistó, para huir de la pobreza y, tal vez, en busca de un poco de aventura. De esta última obtuvo demasiada, y en las trincheras, entre cadáveres jóvenes, rezó y juró que si salvaba el pellejo regresaría a casa para no volver a irse jamás. Rezó en gaélico, mientras observaba las llamaradas que brotaban de las trincheras alemanas. Rezó en gaélico porque le pareció lo más directo y natural, y porque sintió que el Señor le entendería mejor si se

dirigía a él en su lengua materna. Sus plegarias parecieron ser escuchadas, y en los años venideros logró reprimir los recuerdos más horribles, para acordarse solo de una fabulosa semana de descanso.

Aquella semana se hallaba de permiso en Londres y, provisto con papeles llenos de garabatos de nombres y direcciones, tomó un tren a Glasgow. En Glasgow tomó otro tren, y luego otro más. A medida de iba saltando de un tren a otro y se dirigía cada vez más al norte y al oeste advertía con mayor claridad la suavidad del gaélico que se hablaba a su alrededor. Al principio oír la lengua como en susurros, de forma casi subliminal, le sorprendió, pero luego el tren fue parando en pequeñas estaciones rurales y aumentó la población que hablaba gaélico, y esa lengua suave adquirió protagonismo. En una de las estaciones subió un pastor con su perro:

—*Greas ort* —le dijo al perro—. Date prisa. —Y luego—: *Dean suidhe. S'e thu fhein a tha tapaidh*. Siéntate. Mira qué listo eres —añadió, cuando el perro se sentó a su lado para ponerse a observar con interés los páramos y montañas que corrían por la ventana.

Allí sentado, vestido con el uniforme canadiense, era consciente de las diferencias y de lo que tenía en común con aquel pastor. Sin prisa, sacó del bolsillo los papelitos llenos de direcciones y notas y con voz entrecortada le dijo al pastor:

—*Ciamar a tha sibh? Nach eil e latha breagha a th'ann?* —le preguntó en gaélico—: ¿Cómo estás? Hace un buen día, ¿eh?

El vagón quedó de inmediato en silencio y todas las miradas se dirigieron a él.

—*Glé mhath. S'e gu dearbh. Tha e blath agus grianach* —replicó el pastor—: Muy bien. Y sí, hace sol y buen tiempo.

Y luego, mirando la guerrera que vestía, añadió en un inglés muy medido:

—¿Es usted del Canadá? ¿Viene de la Expulsión?

Pronunció ambas preguntas con cautela, y la palabra «Expulsión» como si se tratara de un topónimo y no de un suceso

histórico, el desplazamiento forzoso de la población de las Highlands, a la que echaron de su tierra allá por el siglo XVIII.

—Sí —contestó—. Eso creo.

Por las ventanas del tren se veían los páramos desangelados, que se extendían hasta el pie de unas montañas cubiertas de bruma por cuyas laderas caían cascadas de agua, mientras un águila solitaria daba vueltas en torno a los viejos cimientos de antiguas moradas de gente desaparecida.

—Fue hace tanto tiempo... —añadió—, cuando nos fuimos a Canadá.

—Seguramente hicisteis bien —replicó el pastor—. Porque por aquí ya no hay mucho que rascar.

Guardaron silencio durante un rato, cada uno se sumió en sus pensamientos.

—Oye, dime una cosa —le preguntó el pastor—, ¿es verdad eso de que en Canadá uno puede poseer y conservar la tierra?

—En efecto —dijo él—. Así es.

—Mira, eso me gusta —contestó el pastor. Era un hombre mayor y le recordaba muchísimo a su propio padre.

En lo que restó de semana intentó hacer de todo. Gracias a la información de sus papelitos, a sus amigos y a los amigos de sus amigos, tomó barcas para cruzar los lagos de la isla y cruzó los estrechos para dirigirse a otras islas, que por lo general halló solo habitadas por el viento y las gaviotas. Encontró lápidas casi desmoronadas, algunas con su apellido grabado en la piedra, ocultas bajo helechos que le llegaban por la cintura. Allá donde la gente había vivido por centenares o millares hoy quedaban solamente grandes terrenos, colinas salteadas de ovejas, islas convertidas en santuarios para las aves o campos de tiro para los más pudientes. Se vio a sí mismo como un descendiente de las víctimas de la historia en tiempos de grandes cambios económicos, que habían sido traicionados tal vez por la política y la pobreza.

Por las tardes, alrededor de una hospitalaria botella de whisky, intentaba explicar el paisaje de Cabo Bretón.

—¿Y cómo hace uno para poner un cultivo con tanto árbol? —solían preguntarle sus tímidos anfitriones.

—Vaya, primero hubo que limpiar la zona de árboles —les explicó—. Eso lo empezó a hacer mi tatarabuelo. Taló los árboles y limpió los campos de piedras.

—¿Y cuando acabe la guerra volverás a esos campos? —le preguntaron.

—Sí —respondió—. Así lo haré, Dios mediante.

En la sobremesa, al comienzo de la tarde, contemplaba el océano y miraba hacia el oeste, más allá de Punta Ardnamurchan, e intentaba visualizar Cabo Bretón y su familia absorta en sus quehaceres habituales.

—Tras la Expulsión —le comentó su amigo el pastor— no quedó mucha gente. La mayoría puso rumbo a América o Australia. Hoy casi todos los jóvenes han sido llamados a filas o están en Glasgow, algunos en el sur de Inglaterra. Pero yo sigo aquí —añadió, sujetando un tallo de brezo entre los dedos de la mano—. Trabajo para un patrón y cuidado de unas ovejas que no son de mi propiedad. Aunque el perro sí es mío.

Era la tarde de su último día. Acompañaba al pastor y a su perro, un border collie, siempre vigilante. Los tres observaban las ovejas.

Le encantaba aquel perro y su raza. Admiraba la presta inteligencia de los border collie, sus ganas de agradar.

—Te enseñaré a adiestrarlos —le dijo el pastor—. Estarán contigo hasta el final.

Tras la guerra regresó con la gratitud resuelta de quienes habían conservado la vida. Con la ayuda de su padre desbrozó otro terreno que se extendía hasta el océano. Invirtieron dinero en mejor ganado y en ovejas. Su amigo el pastor le envió una tabla detallada con todo lo que se precisa saber para adiestrar al border collie. Se agenció unos cuantos cachorros y, a medida que fueron creciendo, se las arregló para mantenerlos en un redil en las épocas de celo, con el fin de que conservaran sus peculiaridades. Su esposa compartía sus entusiasmos

y jamás se quejó, incluso cuando la llevó a vivir a casa de su suegro.

Su padre, ya viudo, siempre respetó su privacidad y les cedió el dormitorio que había compartido con su esposa para mudarse a la estancia de arriba, que su propio padre había habitado ya de viejo.

—Las cosas irán a mejor —decía su padre—. Vamos a tirar adelante. Tal vez el año que viene tengamos un barco mayor.

A veces, al caer la tarde, miraba el océano, imaginaba que lograba avistar Punta Ardnamurchan y más allá. En ocasiones intentaba explicarles a su padre y a su mujer el paisaje de las Highlands, aunque jamás soltó prenda sobre su experiencia en las trincheras.

En este día, cuando se levantó de la cama, miró por la ventana y vio los tejados de las casas que había ayudado a construir para sus hijos en lo que le pareció una vida anterior. Se había limitado a cederles las tierras y no se había puesto a redactar escrituras para definir dónde comenzaba su parcela y dónde acababan las de ellos. Todos se habían entusiasmado por el hecho de que los jóvenes fueran a casarse, todos estaban interesados en «tirar adelante» y hacerlo lo mejor que pudieran. Y no había pensado en límites y fronteras hasta la muerte de su segundo hijo ocho años atrás. Su hijo, fuerte y atlético, se rompió el cuello al caer desde el tejado mientras intentaba limpiar la chimenea. Fue algo inesperado y estrambótico, porque él, como tantos otros padres, jamás pensó que sobreviviría a sus hijos. No había testamento, ni título de propiedad, pues a ninguno de ellos se le había ocurrido hasta entonces que dicha documentación tuviera alguna importancia. En un ataque de culpabilidad tardía hizo redactar escrituras sobre la casa para que la viuda conservara la casa y las tierras que la rodeaban. Y, así como no había previsto la muerte de su hijo, tampoco previó que su nuerca se enamoraría de otro y se mudaría a Halifax, tras vender la propiedad a una hosca pareja de gruñones que solo la querían como residencia estival y que levantaron una valla de más de

dos metros tras la que correteaba un agresivo pitbull. Tras el cambio de propietario no había regresado a la casa que había ayudado a construir.

Miró en dirección a la casa de su hijo John y se vio tentado de llamarle y pedirle que viniera a hacerle una visita, pero pensó que tal vez era demasiado temprano y que el joven aún desearía quedarse un rato más en la cama. Sentía un gran cariño por John, a quien ahora veía como un hombre de mediana edad acosado: le había ayudado a financiar un gran barco para poder ser competitivo, pero habían cambiado las cuotas de capturas y ahora el barco estaba anclado, sin que nadie pudiera usarlo ni venderlo. En las dos temporadas anteriores John había estado en Leamington, Ontario, faenando con los pescadores portugueses que había conocido frente a las costas de Terranova. Pescó en el lago Erie, lucio y lubina, perca y eperlano. Alquiló una pequeña habitación en la calle Erie provista de catre e infiernillo. John decía que los graznidos de las gaviotas también acompañaban a los barcos del lago Erie, pero que se trataba de otra especie.

Sentía pena por John y por su familia: veía a los niños crecer cada vez más revoltosos y a la madre desfondada y cohibida. Intentaba ocuparse de ellos sin meter la nariz en sus asuntos, pues era consciente de que un suegro no es un esposo. En aquel momento John había vuelto a casa, tras conducir más de 2.200 kilómetros sin echar siquiera una cabezada para celebrar el cumpleaños de su esposa.

Mientras comenzaba a vestirse le habló al perro en gaélico: —*S'e thu fhein a tha tapaidh* —le dijo—. Mira qué listo eres.

Siempre le hablaba al perro, y a todos los anteriores, en gaélico, pensando que tal vez así conservaba un pequeño vínculo con su propio pasado ancestral y con el del animal.

Sabía que a la gente le asombraba su «perro bilingüe», como habían dado en llamarlo. Observó la presteza del perro y sintió un asomo de tristeza por el derroche de potencial que el perro representaba. A su juicio, el perro estaba desaprovechado como

el caro barco de John, ahí anclado, aunque el perro estaba vivo, intensamente vivo. Sintió que le había negado al perro su herencia al no guardar ovejas ni ganado de ningún tipo, con la excepción de un puñado de gallinas.

La mayoría de las granjas vecinas no tenían verja, y eso hacía imposible tener ganado. A veces el perro adoptaba la pose típica de un perro de pastor tras un puñado de gallinas asombradas, o de nietos, estimulado por aquello para lo que había nacido. Tampoco se le escapaba la frustración sexual del perro, ni el modo en que este siempre estaba dispuesto a reunir, a perseguir y a hacer lo que fuera, siempre con sus ojos castaños puestos en él, constantemente en busca de una indicación o una orden. A veces el animal lo acompañaba en el asiento del copiloto de la camioneta y miraba el paisaje por la ventana, excitado cada vez que veía un rebaño sobre las colinas a lo lejos.

El perro lo había acompañado cuando golpeó el parachoques de un coche que se acercaba en el parking de la cooperativa. Al ir a evaluar los daños oyó que alguien decía:

—Es demasiado mayor para conducir. Siempre está ensimismado. Ese perro conduciría mejor que él.

Fue a renovarse el carnet y pasó las pruebas con todas las de la ley:

—Ojalá yo tuviera sus reflejos —le dijo el examinador.

El perro y él habían salido fuera bajo el sol de la mañana cuando una furgoneta todoterreno se aproximó por el jardín. A pesar de un primer momento de sorpresa, enseguida reconoció al conductor: era uno de esos jóvenes «taladores» en busca de los abetos que poco a poco iban brotando en los campos que de joven él mismo había limpiado. Se sentía dividido entre cierto afecto por aquellos jóvenes taladores, ambiciosos y con ganas de ganarse la vida, y la repulsión que por otro lado le producían su codicia y voracidad: se hacían con una parcela y lo cortaban todo, para llevarse lo que había de valor, los troncos y la pulpa, y dejar detrás de sí la desolación de los tocones, las ramas y lo que no les convenía. Trabajaban deprisa, con un

equipo pesado, y a veces dejaban socavones del tamaño de un hombre, y pagaban un porcentaje de lo obtenido a los propietarios.

El joven se identificó con su patronímico gaélico, y añadió:

—Soy tu primo.

Le molestó el descaro del joven y recordó que tenía mala reputación; al parecer lo dejaba todo hecho unos zorros y no era de fiar en el pago de los porcentajes.

—Será mejor que te libre de toda esa madera —le dijo el joven—. Será bueno para ti y bueno para mí. Mejor que lo haga antes de que esos malditos turistas arramplén con todo.

Para más de uno, los turistas eran un motivo de preocupación. Llegaban en manadas, atraídos por lo que entendían como una maravillosa área recreativa, asombrados por las aguas transparentes y el aire limpio. Muchos venían de la zona de Nueva Inglaterra, aunque también cada vez más de Europa. Se les pegaban las sábanas y con frecuencia se quejaban del ruido de las motosierras. En verano, los taladores comenzaban a trabajar a las cuatro de la mañana para evitarse los calores del día. Algunos turistas habían tomado fotos de las barrabasadas de los taladores y las habían publicado en revistas medioambientales.

—Solo pretendo ganarme la vida —comentó el joven—. Esta no es mi área de recreo. Esta es mi casa. Y la tuya.

Ahí sintió simpatía por el joven, al reconocer un modo de expresarse que compartía.

—Y ahora ya ves —prosiguió su visitante—. Muy pronto todo pertenecerá a los turistas o al Gobierno. Mira lo que ha pasado con la pesca. Mira qué ha sucedido con tus redes para el salmón. Mira qué se traen entre manos con lo de ese Parque del norte. En menos que canta un gallo nos tendrán viviendo en una reserva natural.

Le sorprendió que ese joven supiera lo de sus redes para el salmón. Generación tras generación habían tendido esas bellas y delicadas redes para atrapar salmones, que esperaba que pudie-

ran heredar sus hijos. Habían vivido bajo la amenaza de que el Gobierno prohibiera ese tipo de artes y costumbres, porque en algún lugar alguien consideraba beneficioso que los salmones se adentraran tierra firme para beneficio de los pescadores de caña que abarrotaban los ríos en verano. Y al final resultó que todos esos rumores eran ciertos.

Tampoco le gustaba pensar en el «Parque». Situado más al norte, parecía moverse como un glaciar, reclamando cada vez más y más tierras que acababan siendo destinadas al senderismo y la acampada mientras las familias de los alrededores quedaban a la espera de una orden de desalojo.

—Tipos como tú y yo —añadió el joven— no pintamos nada para el Gobierno o los turistas.

—Me lo pensaré —replicó él, procurando mostrarse educado a pesar de lo mucho que le irritaba su interlocutor.

—Piénsalo tanto como quieras —le replicó el joven—. Pero pensar no te va a servir de nada. Aquí tienes mi tarjeta —dijo, sacándose un rectángulo blanco del bolsillo de la camisa.

—No necesito tarjetas —contestó él—. Sé dónde encontrarte.

La todoterreno salió de allí dejando un reguero de gravilla a su paso.

«Cuando yo tenía tu edad estaba en las trincheras.» Le habría gustado soltárselo a la cara, pero le había parecido que sonaría a palabras de viejo y que seguramente no serviría para nada.

Seguía inmerso en sus pensamientos, mirando al suelo, cuando advirtió que John se acercaba, caminando en silencio por el campo que separaba ambas casas.

—Hola —saludó a su hijo—. Ese de ahí quería comprarme los árboles —añadió para explicar la visita que acababa de tener.

—Sí —dijo su hijo—. Conozco la camioneta.

Quedaron un rato en silencio, perdidos en sus pensamientos, removiendo con los pies la gravilla del camino de acceso a la casa, incómodos por no saber qué añadir, hasta que casi se sintieron aliviados cuando se aproximó por el camino un coche nuevo. Ambos reconocieron al vendedor de la inmobiliaria, que

iba vestido de sport, aunque no sabían quién podría ser la pareja tan elegante que ocupaba el asiento trasero.

—Hola —dijo el de la inmobiliaria, saliendo del coche y tendiéndole la mano en lo que le pareció un único movimiento—. Esta gente anda en pos de un terreno que se abra al océano —añadió—. Ya hemos recorrido sesenta kilómetros y aún no han visto nada que les guste tanto como tus tierras. Vienen de Alemania —comentó, bajando la voz—, aunque hablan un inglés perfecto.

—Ya, pero la casa no está a la venta —se oyó decir.

—Eso no deberías decirlo hasta que no escuches lo que están dispuestos a pagar —replicó el de la inmobiliaria—. Me han asegurado que en toda Europa no se venden terrenos como estos.

Era la segunda vez en lo que iba de mañana en que se sentía molesto. Entendía que el agente inmobiliario trabajaba a comisión, pero no sabía por qué eso le daba motivos para sentirse incómodo.

La pareja de alemanes salió del coche. Le dieron la mano muy circunspectos.

—Buenos días —dijo el hombre, mientras su esposa sonreía encantada—. Tiene una tierra magnífica. ¿Se extiende hasta la orilla?

—Sí —admitió él—, el terreno llega hasta el océano.

La pareja sonrió, para luego alejarse un poco. Empezaron a hablar en alemán.

John le dio un golpecito en el hombro y le hizo una seña para que se acercara. Ellos, por su parte, se alejaron unos pasos. Él tardó unos segundos en advertir que John se dirigía a él en gaélico:

—Deberías preguntarles si también quieren la madera —le decía—, porque si fueras a vender tal vez podrías quitarte primero la madera y luego la tierra.

A él le ofendió el comentario, lo entendió como una traición familiar. Incómodos, siguieron hablando en gaélico mientras a unos metros la pareja lo hacía en alemán. El agente de la inmo-

biliaria permanecía plantado entre unos y otros mientras el sol de la mañana le perlaba la frente de sudor. Parecía molesto por haber sido condenado a un estado de aparente soledad monolingüe.

—Pregúntales si les interesa la madera —le dijo John, dirigiéndose al de la inmobiliaria en inglés. Le comentó la situación en voz baja y el de la inmobiliaria se la explicó a su vez a la pareja, que siguió hablando en alemán, ahora con creciente entusiasmo.

El agente inmobiliario regresó mostrándose orgulloso de su papel como negociador e intérprete:

—La madera les da igual —dijo—. De hecho, dicen que esos árboles les impiden ver el océano y que puedes hacer con ellos lo que te dé la gana. No tomarían posesión hasta la primavera próxima y hasta entonces puedes hacer lo que te apetezca. Y te harán una oferta muy buena.

El caballero alemán se acercó con una sonrisa:

—Tiene una tierra magnífica —repitió, para añadir luego—. Por aquí no hay mucha gente.

—No —se oyó comentar—, ya no la hay. Muchos se largan a Estados Unidos. Y la mayoría de los jóvenes se va a Halifax o al sur de Ontario.

—Claro —dijo el alemán—. Tranquilo, muy tranquilo.

Era consciente de que John se hallaba a su lado.

—Tendré que pensarlo —dijo.

—Por supuesto —afirmó el de la inmobiliaria—. Pero cuanto antes mejor.

El alemán sonrió y le tendió la mano:

—Tiene una tierra magnífica —repitió de nuevo—. Espero saber de usted muy pronto.

Subieron al coche y saludaron al irse.

—No quiero decirte lo que tienes que hacer —le dijo John—, pero yo también me he pasado la vida aquí. Tú siempre me has dicho que vamos a tirar adelante, y que todo irá a mejor. Y si esto saliera bien tal vez podría seguir aquí un tiempo, con mi mujer y mis hijos.

Calló entonces, incómodo por la presencia de su padre. Y luego añadió:

—Vale, ahora me tengo que ir. Adiós. *Sin e ged tha*, las cosas son como son.

—Sí —admitió él—. Adiós. *Sin e ged tha*.

«Hoy va a hacer mucho calor —se dijo—. Tanto como el día en que visitamos la Fábrica de Lanás Condon.»

Y entonces recordó que la Fábrica de Lanás Condon ya no existía.

El perro y él bajaron hasta el pequeño cobertizo de pesca. Abrió la puerta y descolgó de las clavijas donde estaban colgadas las bellas redes para el salmón. Al frotar las pequeñas boyas el corcho se le deshizo entre los dedos. Salió fuera y cerró la puerta. Miró el terreno que aclaró su tatarabuelo y el campo que él mismo desbrozó y limpió. Los abetos ya estaban allí cuando llegaron, y a pesar de sus esfuerzos por aclarar el terreno habían regresado. Iban y venían como la marea, pensó, aunque sabía que la analogía era incorrecta. Miró al mar: en algún lugar, a miles de millas más allá de donde le alcanzaba la vista, imaginó Punta Ardnamurchan y la tierra que se extendía detrás. Pensó que se hallaba sobre el extremo de un continente frente al extremo invisible de otro continente. Se vio a sí mismo como el protagonista de un documental histórico que, intuyó, estaría casi de seguro filmado en blanco y negro.

Sintió que el perro se ponía tenso y emitía un gruñido. Al darse la vuelta vio acercarse al pitbull de su vecino. La bestia llevaba un collar con tachuelas y avanzaba con pasos deliberadamente medidos. Tenía las grandes mandíbulas apretadas, y de los labios hinchados y morados colgaban hilos de saliva como cortinillas de cuentas.

Miró a su propio perro y vio cómo se le erizaba el pelo blanco y negro del cuello.

«Aquí los dos estamos en minoría», pensó, pero oyó su propia voz que decía:

—*S'e thu fhein a tha tapaidh*.

Mira qué listo eres.

Alzó la vista al sol. Este había alcanzado su zenit y empezaba a descender. Miró a su perro, que temblaba tenso a su lado.

«Ninguno de los dos nació para esto», pensó.

Y luego, desde muy lejos, a través de los años y del océano, escuchó la voz de su amigo el pastor. Bajó la mano hasta que con las yemas de los dedos tocó el pelo brillante del cuello de su perro. Un pequeño gesto para darse valor el uno al otro. Y entonces ambos dieron un paso al frente, al mismo tiempo. Con la sangre rugiéndole en los oídos, escuchó aquella voz que le decía: «Estarán contigo hasta el final».



AGRADECIMIENTOS

Los relatos de este libro aparecieron en su lengua original en diversas publicaciones a las que deseo mostrar mi gratitud aquí:

- «El pesquero»: *The Massachusetts Review*, 1968; *Best American Short Stories*, 1969.
- «La inmensidad de lo oscuro»: *The Fiddlehead*, invierno de 1971.
- «El regalo dorado del gris»: *Twigs*, VII, 1971.
- «El regreso»: *The Atlantic Advocate*, noviembre de 1971.
- «En otoño»: *Tamarack Review*, octubre de 1973.
- «El regalo perdido de la sangre salobre»: *The Southern Review*, invierno de 1974; *Best American Short Stories*, 1975.
- «El camino a Punta Rankin»: *Tamarack Review*, octubre de 1973.
- «El final del verano»: *The Fiddlehead*, otoño de 1976.
- «Hay un momento para cada cosa»: *Globe and Mail*, 24 de diciembre de 1977.
- «La segunda primavera»: *Canadian Fiction Magazine*, 1980.
- «El perro del invierno»: *Canadian Fiction Magazine*, 1981.
- «La armonía perfecta»: *The Cape Breton Collection*, Pottersfield Press, Nueva Escocia, 1984.
- «Los pájaros traen el sol»: *event magazine*, 1985.
- «La isla»: *The Ontario Review*, 1988: Thistledown Press Limited Edition, 1989.
- «La expulsión»: «Festival of Fiction», CBC Radio/Canada Council for the Arts, 1999.

También deseo incluir aquí a Kerstin Mueller, de las Bibliotecas regionales de los Condados Orientales, y a Roddie Coady, de la Coady & Tompkins Memorial Library, por haberme proporcionado un lugar para escribir que de verdad necesitaba y de verdad les agradezco.

Asimismo, también quiero dar las gracias a A. G. MacLeod, Murdina Stewart y a la Universidad de Windsor por su ayuda y cooperación en diversos aspectos. Las traducciones de las canciones gaélicas a lengua inglesa más largas fueron sacadas del libro *Beyond the Hebrides* (1977), editado por Donald A. Ferguson. De nuevo, mi gratitud.